

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,  
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN ALMUERZO CON SU MAJESTAD  
LA REINA ISABEL II DE GRAN BRETAÑA

LONDRES, 11 de Abril de 1991.

Majestad:

Cuando hace poco más de un año, con ocasión de mi asunción al gobierno de mi país, tuve el honor de recibir vuestra invitación para visitar Gran Bretaña, me adelanté a aceptarla con especial reconocimiento y complacencia. Ello no sólo por la admiración que profeso al Reino Unido, sino también, porque creo imprescindible fortalecer los cauces de amistad y cooperación que tradicionalmente han caracterizado las relaciones entre nuestros países, sobre todo ahora que los chilenos hemos conseguido restaurar la democracia y nos esforzamos por consolidarla.

La presencia británica en Chile se remonta a nuestros héroes libertadores. Los antepasados del padre de nuestra patria, don Bernardo O'Higgins, procedían de estas islas, y su primera educación fue británica. El primer almirante de nuestra Armada, Tomás Cochrane, fue un británico; él contribuyó con desprendimiento y arrojo a la conquista de nuestra soberanía. Las raíces de los almirantes chilenos Condell y Lynch, que acrecentaron con su valor la tradición naval de mi país, son británicas. Muchas de las tierras y mares de Chile austral llevan denominaciones inglesas y, en fin, fueron de ancestros británicos muchos insignes hombres de nuestra industria y comercio, nuestra política, nuestras artes y ciencias.

Además de sus hombres, Chile supo aprender de otras virtudes de Gran Bretaña. Algunas de nuestras instituciones y hábitos políticos, que nos distinguieron en nuestro Continente Latinoamericano durante más de un siglo, son inexplicables sin el modelo inglés.

Gran Bretaña ha sido maestra de naciones, por el equilibrio que sabe mantener entre el poder y la libertad, por el genio político de sus líderes y la voluntad de sus ciudadanos de anteponer las tradiciones, símbolos e instituciones británicas al espíritu de facción cada vez que han debido vencer las duras

pruebas puestas por la historia, y por haberlo sabido hacer siempre con un sentido de la dignidad y, al mismo tiempo, del humor, que dan sentido humano a la vida.

Recogiendo lecciones de pueblos como el vuestro, Chile pudo adquirir tempranamente madurez para enfrentar las circunstancias, muchas veces difíciles y duras, en que nos ha colocado la historia o la naturaleza. Nos dimos un Parlamento antes que muchas de las naciones latinas. Organizamos un gobierno constitucional de notable estabilidad política, bajo las directrices de una Constitución que fue de las de mayor vigencia ininterrumpida en el continente. En fin, en un país de menor desarrollo que muchas otras naciones, logramos erigir una democracia de reconocido prestigio mundial.

La democracia no es, por cierto, un sistema fácil. Chile lo perdió, en 1973, porque nos faltó a los chilenos responsabilidad ciudadana; porque despreciamos la idea -que vos misma subrayasteis, Majestad, cuando estuvisteis en Chile hace ya casi un cuarto de siglo- de que la democracia exige un permanente juego de transacciones y flexibilidad; porque desdeñamos vuestra observación de cuidar que la crítica y la insatisfacción produjeran un sistema mejor, más justo, y no que simplemente debilitasen y socavasen la confianza en el régimen de libertad que se tenía.

Hoy los chilenos, a excepción de minorías marginales, hemos revalorizado la democracia. Recorre nuestro país un espíritu nuevo que confiere al quehacer político esa responsabilidad de que lo desnudamos en el pasado, que pone el énfasis en la capacidad de conciliación entre los distintos sectores y opiniones, que reconoce en los demás derechos inquebrantables y que busca construir amplios consensos para hacer frente a los grandes problemas nacionales y responder eficazmente a los retos del presente y del futuro.

Tenemos el desafío de avanzar, en democracia y con justicia social, en el camino del crecimiento económico. Buscamos una economía estable y equilibrada, abierta y competitiva, que nos permita superar definitivamente la pobreza y el subdesarrollo. Estamos en condiciones de hacerlo, pero, como bien dijisteis en Chile, "el progreso económico y social no es simple asunto de programas internos, sino que muchísimo depende del intercambio y del comercio internacional".

Necesitamos por ello a Gran Bretaña. Así como en el pasado nos ofreciera la sangre de sus hombres y el modelo de sus costumbres e instituciones políticas y armadas, hoy más que nunca requerimos de su influencia y de su capital intelectual, técnico y físico. Nuestro país ofrece seguridad a la iniciativa privada externa y tenemos el firme propósito de que esa confianza se mantenga y acreciente.

Así como en muchas oportunidades Chile ha mostrado su confianza en Gran Bretaña, al poner en manos de la Corona la potestad de dirimir algunos de los más difíciles de sus problemas políticos externos, así también depositamos nuevamente hoy nuestra confianza en ella para conseguir la comprensión y el apoyo que buscamos.

Majestad:

Con emoción le transmito, a nombre de todo el pueblo de Chile, nuestro más cálido saludo. Tenemos fe en que la profunda amistad que une a nuestros países nos augura tiempos de una renovada y fructífera relación.

Muchas gracias.

LONDRES, 11 de Abril de 1991.

M.L.S.